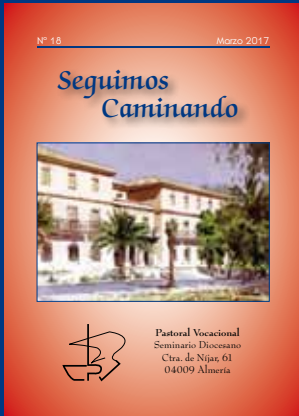


Seguimos Caminando



Pastoral Vocacional
Seminario Diocesano
Ctra. de Níjar, 61
04009 Almería



Seguimos Caminando n° 18
Marzo 2017

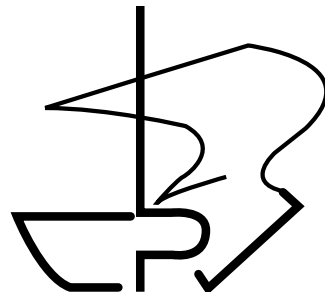
Depósito Legal
AL-70-2006

Edita

Seminario Diocesano de Almería
© Obispafo de Almería

Maquetación e impresión
A. Gráficas M-3 (Almería)

Las vocaciones sacerdotales, cosa de Dios y nuestra	4
Jornada Vocacional	8
Signos de vocación	9
Convivencia vocacional	11
Dejarse ayudar	12
Decálogo para descubrir la vocación	14
Tras las huellas del maestro	16
Entrevista a los nuevos seminaristas.	18
Sacerdocio y vida religiosa	21
Encuentro de monaguillos y monaguillas	23
Testimonio vocacional	24
Un día en el Seminario Mayor	26
Una vocación de la infancia	28
Un día en el Seminario Menor	29



LAS VOCACIONES SACERDOTALES, COSA DE DIOS Y NUESTRA



Con la fiesta de san José, patrono de la Iglesia universal y de las vocaciones sacerdotales, la campaña del Seminario, que siempre está en acción, llega cada año a su temporada de mayor intensidad. De las comunidades parroquiales le llegan al Obispo permanentemente solicitudes de los fieles pidiendo se les envíe un sacerdote que resida en la comunidad, tal como lo manda la ley de la Iglesia; y además, que no les falte nunca la posibilidad de pedirle al Obispo que les retire un sacerdote que no les gusta para que les llegue otro mejor, con el que se sientan más a gusto, cuando algunas de las actuaciones del párroco o del sacerdote administrador parroquial les complacen menos.

Que suceda así es para dar constantemente gracias a Dios, no por la estima del ministerio pastoral que estas solicitudes dejan ver tras la inquietud de los fieles, sino porque en esta querencia de tener cura propio, y a ser posible el mejor, para cada comunidad, se manifiesta el hondo deseo espiritual de la gente, que a veces suponemos demasiado secularizada como para apetecer los servicios pastorales.

Conviene tener en cuenta que, si es verdad que esto sucede más en las zonas rurales que en las urbanas, también las parroquias de las ciudades se resienten de la carencia de sacerdotes para todas. En algunos lugares se han implantado las llamadas «unidades pastorales», que agrupan algunas parroquias, al frente de las cuales el Obispo envía un solo sacerdote; y ya raras veces a un equipo sacerdotal, porque la experiencia ha hecho ver que el pueblo de Dios quiere tener un sacerdote capaz de ser el cura de almas que la comunidad necesita, y ante el cual los fieles se consideran puestos bajo su cuidado y caridad pastoral, sin la inquietud de qué cura les va a tocar este domingo o quién vendrá cuando llaman al Obispado para los servicios pastorales más demandados como la misa dominical, las exequias y las fiestas patronales.

Sin embargo, no es fácil contar con los sacerdotes necesarios; en primer lugar, porque los cambios en la distribución de la población han modificado la geografía de las comunidades parroquiales; y después, y es lo importante, porque las vocaciones no son sólo el resultado de una «ordenación racional de los recursos», sino de que los haya de modo suficiente. La campaña del Seminario no basta para lograrlo, si no va acompañada de una intensidad de vida cristiana suficiente como dar las vocaciones necesarias.

Cuando piden sacerdotes, cualesquiera fieles cristianos que sienten la necesidad de contar ellos han de plantearse seriamente si las comunidades parroquiales a las que pertenecen tienen verdadera vida cristiana, la que da como resultado el don de las vocaciones sacerdotales. Como tienen que preguntarse si piden estas vocaciones a Dios y de él las esperan. ¿Pedimos al Señor las vocaciones necesarias y estamos dispuestos a recibirlas como un don inmerecido? Tal vez sea más fácil pensar que es un servicio al que se tiene derecho y que la administración central de la Iglesia, al modo de las administraciones civiles, tiene que prestar y además a su tiempo.

Que haya sacerdotes que prediquen la palabra de Dios, instruyan y eduquen

en la fe a los niños y a los jóvenes, lleven a los matrimonios y familias la cercanía de Dios, creador de toda vida; sacerdotes que orienten la vida moral de los cristianos, con claridad y sin ambigüedades, y al mismo tiempo con la suavidad de la caridad pastoral, no depende de la voluntad del Obispo. Es algo que depende de Dios, porque depende de que se susciten divinamente las vocaciones que pedimos, y las comunidades arropen y sostengan con la oración y el apoyo humano necesario el don de la vocación incipiente de adolescentes y jóvenes dispuestos a seguir a Jesús por el camino del apostolado. Que haya sacerdotes que administren los sacramentos a los fieles cristianos, proporcionándoles las aguas regeneradoras del bautismo, el perdón de la absolución y la mesa de la Eucaristía, pan de vida y comunión con Dios en el Cuerpo y Sangre de Jesús, esto es algo que depende de que cultivemos y acompañemos las vocaciones como aquella perla inestimable que encuentra en el campo quien está dispuesto a venderlo todo para comprar el campo.

Que tengamos sacerdotes que, llenos de amor por los necesitados, muevan el corazón de los cristianos para acudir en su ayuda, que haya sacerdotes que acompañen a los que enferman llevándoles el alivio

LAS VOCACIONES SACERDOTALES, COSA DE DIOS Y NUESTRA

de los sacramentos de la Penitencia y de la Unción, confortándolos en el sufrimiento y trance final de la vida al proporcionarles el viático, alimento para salir al encuentro del Creador y Juez de los hombres, pero Padre que nos ama y espera, depende también de las vocaciones que “vienen de lo alto”, y sólo Dios las “produce” donde hay vida cristiana verdadera.

No vale echarle la culpa a la cultura de nuestro tiempo, que ya sabemos que es contraria a la lógica del Evangelio, pero que también tiene valores que sí son evangélicos, y de la que hemos de tomar todo aquello que en la cultura y la sociedad de nuestro tiempo es valioso, tal como les dice san Pablo a los Filipenses: *«todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud o valor, tenedlo en aprecio»* (Fil 4,8).

El problema no es, ciertamente, que haya obstáculos que vienen del mundo, pues Jesús *«está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y como signo de contradicción»* (Lc 2,34). La mayor de las dificultades está en nosotros mismos, en nuestras comunidades, que languidecen con una vida espiritual débil, en las que no surge una sola vocación y

las que surgen son a veces obstaculizadas empezando por la propia familia del muchacho que dice que quiere venir al Seminario. No es que ahora se haya de echar la culpa a las comunidades parroquiales, que ya tienen bastante con sostenerse como comunidades cristianas, dirán algunos, pero sí es necesario que sacerdotes y comunidades nos examinemos sobre qué responsabilidad tenemos en la carencia de vocaciones suficientes.

Sin sacerdotes a la Iglesia le falta la estructura-eje y la articulación que le permiten ser Iglesia sin derrumbarse, como un cuerpo sin el esqueleto, que sostiene la cabeza que lo rige, y las articulaciones que traban y unen los miembros del cuerpo. Por eso los sacerdotes y los fieles cristianos, todos en la comunión eclesial de quienes comparten fe y vida en Cristo, tenemos que examinarnos y preguntarnos si nuestro compromiso con la pastoral familiar es suficientemente explícito y comprometido; y si estamos empeñados en que la transmisión de la fe sea una realidad consistente como iniciación cristiana de los niños y de los adolescentes, de los jóvenes y de cuantos adultos reciben el mensaje de Jesús después de haberse apartado de la vida de la Iglesia o no haber tenido nunca vida cristiana.

LAS VOCACIONES SACERDOTALES, COSA DE DIOS Y NUESTRA

De nosotros principalmente depende un asunto que a nosotros nos toca afrontar, pero cuya solución viene de Dios y a él se lo hemos de suplicar noche y día, sabiendo que las vocaciones las hemos de recibir como lo que en realidad son: inesti-

mable don de Dios. Que nos ayuden la Virgen María y san José, artífices del primer Seminario de la historia de nuestra fe.

+ Adolfo González Montes
Obispo de Almería



Jornada

Vocacional

**"No tengas miedo,
yo estoy contigo"**

**18 DE MARZO
COLEGIO DIOCESANO DE SAN ILDEFONSO
A LAS 11H.**





Estamos en una sociedad donde parece que los jóvenes viven en la más absoluta superficialidad y que son muy pocos los que se plantean, con un mínimo de seriedad, las preguntas que afectan al sentido último de la existencia y abren al ser humano a la trascendencia, a la experiencia religiosa, en definitiva, al encuentro con Dios.

Sin embargo, como señalaba al principio de estas líneas, eso es lo que “parece”, porque la realidad es muy distinta. El joven de hoy en día, como el de todos los tiempos, se caracteriza por su inconformismo, su curiosidad innata, sus ansias de plenitud. Por eso, en la imposibilidad de ahogar esta inquietud interior, busca, tantea, se pregunta, explora y no tiene ningún miedo de asomarse a la hondura insondable del Misterio.

En la actualidad sigue habiendo muchos muchachos que, tras hacer un recorrido de fe, se interrogan sobre la vocación sacerdotal y demandan información acerca de los signos que le pueden ayudar a detectar si verdaderamente lo que están sintiendo es la “llamada del Señor”.

Ante esto, lo primero que tenemos que decir es que no es posible ofrecer un listado de señales objetivas, que se presenten siempre de manera invariable; fundamentalmente porque Dios llama a cada uno de forma personalizada, en el marco de su realidad concreta, dentro de sus propias circunstancias personales y contando con su particular modo de ser y de percibir los hechos.

Con todo, sí podemos señalar algunos elementos comunes que facilitan el discernimiento vocacional y favorecen el descubrimiento de la propia vocación, en orden a saber si el proyecto que el Señor tiene para nosotros es el camino del sacerdocio.

1º.- Atracción interior: La persona vocacional experimenta una empuje que procede del exterior pero que atrae desde lo más íntimo, a veces con suavidad, otras veces con una fuerza irresistible. En efecto, esto es así porque la vocación no es un capricho,

SIGNOS DE VOCACIÓN

ni se trata de un gusto momentáneo, sino que la llamada viene de lo alto, de fuera de nosotros mismos. De ahí que, en la mayoría de las ocasiones, no coincida con las apetencias personales e incluso vaya en contra de los proyectos o ideales que nos habíamos marcado, lo que genera internamente cierto grado de oposición y resistencia a la hora de responder.

2°.- Espíritu de fe y celo apostólico:

El sacerdote es llamado a ser testigo de Cristo Resucitado en el mundo, a mostrar a los demás que en Dios hallamos el camino de la verdadera felicidad, que todos estamos invitados a participar de una vida sobrenatural. Esto comporta la necesidad de mantener una relación estrecha e íntima con Aquel que asumió nuestra naturaleza humana y nos redimió con su muerte y resurrección. La confianza total y absoluta en Jesucristo, el convencimiento de que la Palabra de Dios es el único bálsamo que puede sanar las heridas de la humanidad, junto al deseo ardiente de anunciar la alegría del Evangelio y llevar la buena noticia de la salvación a todas las gentes, es una señal inequívoca de que el Señor ha tocado nuestro corazón.

3°.- Amor a la Iglesia y vida sacramental:

Una de las tareas principales del presbítero es la santifica-

ción de las almas mediante la administración de los sacramentos, principalmente con la celebración de la Eucaristía. Cuando nuestro amor a los hermanos y nuestro compromiso cristiano llega hasta el punto de que no nos importa entregar nuestra vida a la apasionante labor de servir a los demás, atendiendo todas sus necesidades, especialmente las espirituales; si además notamos que nos inunda un gozo inexplicable con cada gesto de entrega, de servicio, de donación, de apertura a lo sagrado, entonces es que la voz del Señor está resonando intensamente en nuestro interior. Extender el Reino de Dios es la misión que Cristo confía a la Iglesia, y aunque esto es deber de todos los cristianos, el sacerdote está llamado a desempeñar un papel singular a la hora de comunicar a todos la vida divina, mediante las funciones de instrucción, santificación y gobierno de la parcela que se le ha encomendado. Por eso el amor a la Iglesia ha de ser también una característica distintiva de aquel que ha sido elegido por el Señor para guiar y servir a su Pueblo.

Juan Antonio Moya Sánchez
Rector del Seminario Conciliar



Convivencia Vocacional

LLAMADOS PARA SEGUIRLE

EN TERQUE

DEL 31 DE MARZO AL 2 DE ABRIL



DEJARSE AYUDAR



Una entrevista al Papa Francisco, aparecida en 2010 cuando todavía era arzobispo de Buenos Aires, narra brevemente el momento en que, siendo muy joven, Jorge Bergoglio decidió entregar su vida a Dios. Corría el año 1953, un 21 de septiembre y, al igual que muchos jóvenes, Bergoglio -que rondaba los 17 años- se preparaba para salir a festejar el *Día del Estudiante* con sus compañeros. Pero decidió arrancar la jornada visitando su parroquia. Cuando llegó, se encontró con un sacerdote que no conocía y que le transmitió una gran espiritualidad, por lo que decidió confesarse con él. Grande fue su sorpresa al comprobar que no había sido una confesión más, sino una confesión que despabiló su

fe, que le permitió descubrir su vocación religiosa, al punto que resolvió no ir a la estación de tren a encontrarse con sus amigos y volver a su casa con una firme convicción: “quería... tenía que ser sacerdote”.

Dios había elegido a Jorge Bergoglio para ser su Vicario en la Tierra “antes de la creación del mundo”. Pero para llegar a ser el Romano Pontífice seguro que fueron necesarios muchos sacerdotes que le ayudaron a ir descubriendo la voluntad de Dios. Todos ellos fueron los instrumentos que Dios usó para ayudarlo a descubrir su vocación, para despertarle la alegría de darse a los demás. Qué hubiera sido de aquel joven de 17 años si no se hubiera acercado a su parroquia, si no se hubiera confesado con aquel sacerdote, es decir, si no se hubiera dejado ayudar; quizás no sería hoy lo que es.

Los sacerdotes somos uno de los medios que usa el Espíritu Santo para que las personas descubran su vocación si se dejan ayudar. El acompañamiento espiritual ayuda a mejorar nuestros “talentos” y hacernos capaces de cosas que nos superan; es el medio que señala la Iglesia para ir descubriendo el camino que Dios tiene pensado para nosotros desde antes que naciéramos.

En el Evangelio vemos cómo Jesús fue puliendo el alma de los doce Apóstoles; les fue transformando para que fueran “pescadores de hombres” y transmitieran el Evangelio por todo el mundo. Ellos, con su sencillez y sinceridad, se dejaron ayudar y llegaron a transformar una sociedad más pagana que la nuestra.

Jesús siempre será nuestro “modelo” en los que acuden a nosotros buscando ayuda espiritual. Por eso han de encontrarnos siempre disponibles, cercanos a sus problemas, amables,... Y un sacerdote debe dar al otro que busca ayuda espiritual lo mejor que posee, que es al Señor, acercarlo a Cristo, que se encuentre con el que es el único Camino, Verdad y Vida.

Ahora bien, *“la señal por la que conocerán que sois mis discípulos será*

que os amáis los unos a los otros” (Jn 13, 35). La caridad será la manifestación del amor a Dios, será la señal segura de nuestro progreso en la vida espiritual: mayor espíritu de servicio, comprensión con todos, generosidad con los más necesitados, celo apostólico,... Afirmaba san Agustín que *“el amor siempre está en acción”*.

Por lo tanto, la tarea del director espiritual tiene que ser la del buen pastor que ha de ir por delante, abriendo camino siempre con su ejemplo, intentando que las personas se dejen ayudar para estar cerca de Dios y de los hermanos; es la actitud de Jesús que *“no vino a ser servido sino a servir”*.

Francisco Jerónimo Ruíz Gea

Director Espiritual del
Seminario Conciliar



DECÁLOGO PARA DESCUBRIR LA VOCACIÓN

¿Cómo puedo saber lo que Dios quiere de mí?

Decálogo para descubrir la vocación



1. Pídele luz al Espíritu Santo



2. Haz cada día un rato de oración



3. Participa de la Eucaristía



4. Lee la Biblia

DECÁLOGO PARA DESCUBRIR LA VOCACIÓN



5. *Frecuenta la confesión*



6. *Realiza obras de misericordia*



7. *Acude a las convivencias vocacionales*



8. *Visita el Seminario y conócelo*



9. *Reza a la Virgen María*



10. *Acércate a hablar con tu párroco*

TRAS LAS HUELLAS DEL MAESTRO



«Maestro: ¿dónde vives?», esa es la pregunta que Juan y Andrés, los dos hermanos que seguían a Jesús, le hacen al Maestro, la pregunta que les dará la clave para pasar más tiempo con Aquel que hace que su día a día sea distinto, Aquel que con una simple mirada fue capaz de captar cada uno de sus corazones, en definitiva, Aquel que se lo enseña todo y que ha hecho de ellos unos hombres nuevos.

Esta pregunta que le lanzan a Jesús los dos hermanos no ha pasado de moda, no ha dejado de realizarse, sino que hoy en día, en pleno siglo XXI, cuando podemos observar en muchas ocasiones una juventud perdida, que le importa poco el qué hacer, sino más bien el qué dirán, sigue re-

sonando y hay jóvenes y adolescentes que han sido mirados por el Maestro y han querido dejarlo todo para ganarlo todo, han sabido escuchar su voz y se han dejado enamorar por Él.

¡Qué difícil es emprender esta aventura!, una aventura que no todos son capaces de comenzar, ni incluso son capaces de pensar en ello, porque en muchas ocasiones, aquello que el Maestro nos pide, no va acorde con lo que uno quisiera, nuestros pies se han ido por otro camino diferente al del Maestro y llegamos a un punto en el que el camino se desvía, y no sabemos cuál es la flecha que debemos de seguir; entonces es cuando debe resonar en nosotros la respuesta de Jesús a la gran pregunta de los apóstoles: «*venid y lo veréis*», y ellos fueron capaces, y nosotros debemos de serlo, de ir “Tras las huellas del Maestro”.

El lugar más idóneo para seguir esas huellas a los que el Señor mira e invita a seguirle es el Seminario, que es el lugar donde aquellos que han sido llamados van asemejando sus pisadas a las pisadas de Jesús, se ponen a los pies del Maestro que les va hablando al corazón en una vida de oración intensa, para que estando cerca de Él puedan, el día de mañana, salir a su encuentro estando cerca de los hermanos.

TRAS LAS HUELLAS DEL MAESTRO

Dentro de este Seminario nos encontramos con aquellos que no sólo siguen sus huellas sino que van creciendo con Él en «*estatura, en sabiduría, y en gracia*», como nos dice san Lucas. En el Seminario Menor están los niños y adolescentes que desde bien temprano no han tenido miedo de escuchar la voz de Jesús y lanzarse a vivir esta aventura, la gran aventura de dejarse moldear por el Señor, de dejarse hacer por Él, porque han experimentado que el verdadero sentido de sus vidas no está en correr por el camino que muchos de los jóvenes hoy corren, sino que hay otra manera de hacerlo: ¡nadando a contracorriente!, y se han subido a la barca con Jesús. El Seminario Menor es un lugar en el que ellos encuentran otros compañeros que han sido valientes como ellos, que se han puesto en camino, que no están solos, sino que todos reman en el mismo sentido, que caminan por el mismo camino, que van tras las mismas pisadas, van “tras las huellas del mismo Maestro, Jesús”.

En ellos encontramos que Jesús mira a quien quiere

y cuando quiere, da igual el lugar o el momento en el que lo haga, lo que importa es la respuesta afirmativa y decidida por nuestra parte y en la juventud de estos adolescentes y niños descubrimos la valentía y el valor, que a pesar de tener por delante una gran vida, han decidido seguir al Señor y entregarle todo, hasta su propia juventud.

Francisco José Parrilla Fernández
Formador del Seminario Menor



ENTREVISTA A LOS NUEVOS SEMINARISTAS

En este nuevo curso son siete los niños y jóvenes que han entrado a formar parte de la comunidad del Seminario Conciliar de Almería, han sido capaces de dejarlo todo por seguir el camino que Jesús les ha ido mostrando, a cada uno lo ha hecho de una manera diferente, han experimentado cambios diversos y experiencias distintas. En esta ocasión hemos querido lanzarle una pregunta a cada uno de ellos.

A la pregunta: **¿De quién se sirvió el Señor como instrumento para hacerte llegar su llamada?** Son muchas las maneras y los instrumentos de los que el Señor se sirve, para Gabriel, seminarista de 1º de Teología, fue una imagen de la Santísima Virgen: *“El Señor puede llamar de muchas maneras. Esta vez ha sido algo que únicamente puede definirlo como impre-*

sión, la impresión que tuve cuando hace años en un pueblo soriano de Castilla y León, llamado Medinaceli, en vacaciones, entré en la Colegiata de la Asunción, y contemplé una, nunca vista, imagen de la Santísima Madre de Dios con su Hijo en brazos, colocada en el retablo mayor, siendo esta bella obra de arte que parecía decirme, sigue a mi Hijo. Siempre la tengo en mis recuerdos. Además, durante esas maravillosas vacaciones, asistí a las misas de los Domingos, del Convento de las Claras. Sentí una llamada, que aumentó enormemente mi fe en Cristo”.

Esta respuesta afirmativa supone en muchas ocasiones un cambio radical de vida, por lo tanto le preguntamos a Juan Antonio, seminarista del curso introductorio, si **la llamada supu-**



so para él un gran cambio en su vida: *“La verdad es que no porque desde muy pequeño lo he tenido muy claro, siempre he querido ser sacerdote, es cierto que la vida no es como la de antes, ahora son muchas más responsabilidades, adaptarse a un horario, una vida en comunidad, etc.”.*

Como podemos comprobar no solo supone un cambio de vida, sino que lleva consigo un modo nuevo de vivir, ir haciéndose a semejanza del Buen Pastor. Pero este cambio no solo sucede tras la llegada de “fuera”, sino que también lo es para aquellos que pasan del Seminario Menor al Mayor, puesto que este cambio ya lleva consigo un compromiso mucho más grande, como es el caso de Alejandro, que este año ha pasado, tras dos años de formación en el Seminario Menor, a la comunidad del Seminario Mayor. A él le lanzamos una pregunta un poco especial: **¿Qué ha supuesto para ti el paso del Seminario Menor al Seminario Mayor?** *“Ha supuesto un cambio a mejor, donde sí es cierto que se exige más, pero que en cierta medida uno se hace más responsable, ya que en la medida en que uno tiene una libertad, se acrecienta su responsabilidad. También, es un buen cambio porque ya estudias concretamente asignaturas de Filosofía y Teología”.*

Otro alumno nuevo del Seminario Mayor es Jesús Rico, que ya podemos conocer mediante el testimonio que se ofrece en esta revista de forma más extensa.

Para terminar nos entrevistamos con los seminaristas menores, tres adolescentes que han sido capaces de salir de sus casas en tan temprana edad y fiarse del Señor.

La primera pregunta se la lanzamos a Andrés, el más pequeño de la casa, viene de Berja, y tiene tan solo 13 años. **¿Qué has encontrado en el Seminario? ¿Era lo que esperabas?** *“La verdad es que al llegar al Seminario, aunque ya conocía a los seminaristas, me he encontrado con verdaderos hermanos, una gran familia. Aunque no siempre todo es como lo esperas, en realidad sí he encontrado lo que en mi imaginación tenía”.*

El Seminario intenta ser una gran familia, y así es como ellos lo aprecian, pero para todos supone un cambio, incluso para los más pequeños, por eso hemos querido saber **cómo, a Emilio, seminarista de 2º de la ESO, procedente de Adra, ha afectado esta nueva vida,** el nos responde con toda sinceridad: *“Ha supuesto un gran cambio, tanto en*

ENTREVISTA A LOS NUEVOS SEMINARISTAS



la vida académica, como en la manera de comportarme en los distintos momentos del día. Con respecto a la vida académica, ahora me encuentro en un colegio católico y con un nivel educativo muy elevado, eso hace que las hora de estudio no sean las mismas que antes”.

Y para terminar esta pequeña entrevista hablamos con Jesús Góngora, uno de los seminaristas de los cursos elevados del Seminario Menor, para él no le resulta todo esto muy nuevo, ya que nos cuenta, que han sido muchas las convivencias vocacionales a las que ha asistido, y además su hermano se encuentra ya en 5° de Teología, por eso a él le hemos reservado la pregunta que para muchos servirá de aliciente. **¿Qué le dirías a un joven como tú qué está sintiendo la llamada del Señor?** “Bueno ni siquiera tengo clara esa respuesta ahora, ni tampoco yo la tuve, pero lo que

podría decirle es que haga caso a su corazón, a lo que siente que debe hacer de verdad por mucho que le cueste, no a lo que le digan sus amigos e incluso su familia, aunque siempre puede ayudar. Que no tenga miedo a enfrentarse a lo que pueda venir, porque si lo hace siempre con la esperanza de que todo está puesto en manos de Dios seguirá adelante y al final del camino estarán a los que de verdad les importas. Que no tenga miedo a cambiar de casa, de colegio, de amigos (cosa que a veces se hace dura) e incluso de terminar con la novia, porque es verdad que puede parecer muy duro, y en algunos casos lo será, pero si sientes la llamada de verdad, si piensas que puedes servir a Dios con todo tu corazón y que nada de lo demás importa, hazlo y no tengas miedo, porque eso será lo que, si Dios quiere, te hará feliz en la vida y los que de verdad te quieran estarán allí para apoyarte”.

Como podemos ver es un gran camino a recorrer, pero hay algo que podemos destacar de estos nuevos seminaristas, la alegría y el entusiasmo. Podemos apreciar en cada uno de ellos que tenían claro lo que hacían cuando respondieron al Señor. Desde aquí los animamos a que sigan por este gran camino que Jesús les marca, la VOCACIÓN SACERDOTAL.

SACERDOCIO Y VIDA RELIGIOSA



El ser humano está llamado por vocación a la felicidad, a la plenitud de vida. Late en el interior de su ser la necesidad de buscar y dar respuesta a sus inquietudes y preguntas más profundas ¿PARA QUÉ EXISTO? ¿QUÉ SENTIDO TIENE CUANTO HAGO? ¿HACIA DÓNDE VOY?, ¿QUÉ ES LA VIDA Y CUÁL SU FIN? En esa búsqueda continua surge la vocación al matrimonio, al Sacerdocio o a la Vida Religiosa como estilos de vida en los que las personas encuentran respuestas a sus inquietudes. En ellas tanto el hombre como la mujer descubren que en la entrega y en el servicio a los demás es donde **pueden ser felices y hacer felices a los demás**. Estos estilos o formas de vida es lo que llamamos vocación.

Con respecto a la vocación al **SACERDOCIO / VIDA RELIGIOSA**, solo se pueden vivir y entender desde una profunda experiencia de fe. En ella se descubren y desde ella se proyectan y viven.

Desde el seno de la familia cristiana, los padres han regalado a los hijos el pertenecer a la vida de la Iglesia en la que nos sentimos hijos de un mismo PADRE- DIOS, y hermanos entre nosotros. Esto lo recibimos en el Sacramento del bautismo. En el seno de estas familias cristianas es donde surgen las vocaciones al **SACERDOCIO O A LA VIDA RELIGIOSA** y son un don, una gracia de Dios en la Iglesia y para la Iglesia. Cada uno desde su propio carisma, regalo del Espíritu Santo, responde a esta llamada a la que se siente invitado para entregar su vida y gastarla en el servicio y ayuda a quienes le son encomendados en los distintos ámbitos pastorales a los que son enviados.

Como consagrados, hemos sido llamados por Dios, cada uno desde su propia historia personal, con todo su bagaje de riquezas y limitaciones humanas que Dios mismo va transformando en el proceso de respuesta e identificación con Cristo. Es un reto muy alto, ya que el **IDEAL** también lo es. Por eso vivir la entrega de la vida en el sacerdocio ministerial, o en

SACERDOCIO Y VIDA RELIGIOSA

la Vida Religiosa mediante la vivencia de los votos de **castidad, pobreza y obediencia en comunidad**, hacen que nuestra vida resulte interpelante ante una sociedad profundamente materialista, a veces replegada sobre sí misma y necesitada de satisfacer momentáneamente sus aspiraciones y deseos profundos.

Es bueno considerar hasta qué punto hoy la Iglesia tiene necesidad de estos estilos de vida, de una auténtica búsqueda de la perfección cristiana, de una consagración efectiva al único y supremo amor de Dios, del testimonio vivo y cercano del seguimiento de Cristo, de nuestra colaboración apostólica, pastoral y misionera, de nuestra adhesión sin desvanecimiento a la fe y a la Iglesia, de nuestra capacidad para orar y evangelizar... de sentirnos llamados hoy a la santidad.

En este camino, nos encontramos las Misioneras Agustinas Recoletas, hoy y aquí, en esta bella ciudad de Almería viviendo esta hermosa aventura de sentirnos consagradas y enviadas a este lugar, - Seminario Diocesano- para compartir con quienes han sido llamados al **ministerio sacerdotal**. Un precioso grupo de jóvenes que dejándolo todo, deciden seguir a Jesús

acompañados por sus formadores. Es una riqueza descubrir que juntos podemos caminar y crecer espiritualmente, que nos podemos ayudar unos a otros, que podemos compartir las mismas esperanzas, ilusiones y alegrías; buscando responder con fidelidad cada cual, a la vocación a la que ha sido llamado, -sacerdotes y religiosas-, juntos podemos colaborar en la construcción del Reino, aunando fuerzas y poniendo en común los dones y carismas que cada uno en particular ha recibido, fortaleciendo nuestra fe en la oración y en la celebración de la Eucaristía.

Desde aquí invitamos también a las jóvenes, que sientan la llamada o la inquietud vocacional a la vida religiosa a ponerse en camino de búsqueda para responder mejor a Dios. “No tengáis miedo”, Jesús nunca nos falta, en Él encontraremos la verdadera respuesta a las inquietudes y anhelos profundos de ser verdaderamente felices.

Si quieres conocernos, ven a vernos, estamos en la Carretera de Nijar-Los Molinos, 81. Podéis comunicaros con **María Clara Crespo**, promotora vocacional en Almería.

Tlf.: 950 80 49 68 ó 670 24 46 51
E-mail: mclarisc@gmail.com
Hermana María Clara Crespo Silva

Encuentro de monaguillos y monaguillas

Día 1 de Junio. En el
Colegio Diocesano de
San Jedefonso



TESTIMONIO VOCACIONAL



Dice Jesús en el Evangelio: *“No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca”* (Jn 15, 16). Hablar de la vocación es siempre tan emotivo como difícil, pues nunca es sencillo describir esas cosas que se experimentan, pero que ni la palabra más docta podría explicar jamás. Jamás olvidaré aquel momento en el que escuché la llamada por primera vez, en el silencio del templo, sumido en adoración al Santísimo Sacramento del altar. Desde aquel primer amor hasta el momento actual ha pasado mucho tiempo, ya que mi vocación, más que ser tardía, ha sido una respuesta tras un largo discernimiento.

Queriendo alejar mis pasos de aquella

inquietud, cursé un CFGS en integración social y posteriormente me matriculé en la UNED, dónde comencé el grado en Historia del Arte, compaginando los estudios con el trabajo. Pero, al margen del ruido del mundo, algo me faltaba, nada de lo que hacía me llenaba. Cada noche me aferraba al rosario de mi abuela, que siempre tenía bajo la almohada; no es mucho su valor material, pero lo que lo hace incalculable es que aún conserva en sus cuentas el perfume de los dedos de aquella buena mujer que no dejó de emplearlo, hasta aquella madrugada en que lo retiré de sus manos después de su último viaje. Sólo la oración y esa sensación de encontrarme a solas con Dios calmaba mi alma inquieta y taciturna. Comprendí que todo cuanto hacía, lo emprendía por mis propias fuerzas, dejando siempre al Señor al margen, pero en mi corazón ardía el deseo de que tenía la necesidad de dar algo, algo que solo me pertenecía...hasta que descubrí que ese “algo” era mi propia vida y que, además, tampoco era propiedad mía, sino de Dios.

Descubrí entonces como las personas pueden ser puentes, pues dos grandes sacerdotes y buenos amigos me tendieron su mano y como auténticos padres guiaron mis torpes pasos en el proceso de discernimiento, no puedo

evitar mencionar al Rvdo. P. D. Maiquel Hernández Montero y al Rvdo. P. D. Ramón Carlos Rodríguez García. Precisamente este último (no por ello menos importante) me animó a tener una charla con el Sr. Rector del Seminario Diocesano de Almería. Nunca entendí aquel gesto, pues mi camino se dirigía hacia la costa del sol, pero, agradecido por su amabilidad, asistí a la cita, de la cual no esperaba nada en particular...pero el Señor lo había dispuesto de otra manera y su voluntad siempre es más grande que nuestros planes. Tres años han pasado desde aquel encuentro, y sigo dando gracias a Dios por su bondad y su providencia. Quizás es cierto que he necesitado mucho tiempo para meditarlo, pero nuestra noción del tiempo es demasiado insignificante para Dios. Son pocos los meses que llevo en el Seminario, pero es el tiempo suficiente para haber descubierto que ese vacío que me abrumaba se ha ido llenan-

do de Cristo día tras día, y no pasa un solo amanecer sin recordar aquel primer amor, aquella llamada, aquel inmenso regalo y el creciente deseo de amar y servir a Dios y a la Iglesia. No quisiera concluir estas líneas sin antes pedir a los sacerdotes que no dejen de encomendarnos en sus oraciones a los seminaristas, formadores, profesores y al personal que cada día da lo mejor de sí mismo para el buen funcionamiento de esta casa, para que esta dimensión del Seminario deje una honda huella y configure nuestra vida con la meta del ministerio sacerdotal, viviendo la formación con esperanza y humildad.

“nos ha llamado con una vocación santa, no por nuestras obras, sino por su propia determinación y por su gracia” (2 Tm 1, 9)

Jesús Rico Domene
Seminarista Mayor



UN DÍA EN EL SEMINARIO MAYOR

“...De la salida del sol hasta su ocaso, alabado sea el nombre del Señor”. (Salmo 112)

Al igual que los discípulos vivían en comunidad junto a Cristo, también los seminaristas en el Seminario Diocesano de Almería, veintiún siglos después, compartimos nuestras vidas día a día.

La dimensión comunitaria es clave en el conjunto de la formación que recibimos de cara a vivir en el futuro la fraternidad, cuando nos incorporemos por la Ordenación sacerdotal, en el seno del presbiterio diocesano. Así pues, la vida comunitaria es un aspecto primordial para saber trabajar juntos, apoyándonos los unos a los otros en todo.

Para que tengáis conocimiento de cómo es nuestro día a día, realizaremos un breve recorrido por los momentos más destacados de la jornada en el Seminario. Aunque hay tiempo para el silencio y la soledad, la convivencia en el Seminario es muy importante. Todo el día está jalonado de actos comunitarios: la oración y la celebración de la Eucaristía a primera



hora de la mañana, las clases en el Centro de Estudios Eclesiásticos, las comidas, el deporte, etc. En su conjunto supone una organización de la jornada que compagina elementos indispensables para la formación, el estudio, el crecimiento

UN DÍA EN EL SEMINARIO MAYOR

to en la vida sacramental, de oración y contemplación orientada a vivir la espiritualidad propia del sacerdote diocesano; a la vez que disfrutamos de momentos de ocio dedicados al esparcimiento.

De esta manera la vida interna del Se-



minario tiene como modelo y ejemplo a seguir a la comunidad apostólica constituida en torno a Cristo, que es el que nos ha llamado a este servicio y seguimiento. Somos conscientes de que nuestra relación a lo largo de esta etapa nos va a servir para cuando seamos sacerdotes en el desempeño de la tarea pastoral que nos será encomendada.

Artículo realizado por los seminaristas:

Juan Manuel Góngora Matarín.

Alumno de 5º Curso.

Antonio Jesús González Jover.

Alumno de 4º Curso.



UNA VOCACIÓN DE LA INFANCIA



Mi nombre es José María, soy de Macael, tengo 14 años y este es mi 5º año en el Seminario.

Todo comenzó cuando a mi Parroquia llegó el nuevo párroco D. Oscar Trujillo, hace unos 6 años. Yo estaba terminando la catequesis y cuando lo conocí me preguntó si quería ser monaguillo, yo no estaba seguro, pero le dije que sí.

Empecé a ser monaguillo, y me fue gustando. Lo acompañaba a las demás parroquias a las misas, le ayudaba en los bautizos, comuniones, etc. Un día invitó a los monaguillos a ir a las convivencias que organiza el Seminario y decidimos acudir. En ellas me lo pasé muy bien y conocí a mucha gente. No dejé de asistir y eso me

ayudó mucho a conocer la vocación y el Seminario con mayor profundidad. Al cabo de un tiempo, en el campamento de verano del año 2012 en Vélez Rubio y a los pies de la Purísima, me di cuenta de que quería ser sacerdote. Durante todo el campamento estuve hablando con D. Francisco Parrilla, mi formador, que entonces era seminarista. Le pregunté muchas cosas del Seminario, también que si con la edad que tenía podía entrar al Seminario. Resultó para mí y para los demás un poco difícil por la edad, ya que tenía tan solo 10 años.

Se lo dije a mi familia y a mi párroco y me dijeron que si yo quería, que adelante, pero me advirtieron que todavía era muy pequeño. Así que un día el rector del Seminario y D. Francisco fueron a hablar con mi familia para explicarle como era el Seminario y que con la edad se podría hacer una excepción, que incluso me vendría bien para mi formación académica.

Finalmente, el 9 de septiembre de 2013 entré al Seminario Menor de la Inmaculada. Después de cinco años puedo decir que aunque el camino del sacerdocio no es un camino de rosas, no todo son espinas. Es un gran camino que te llena de felicidad, y con la ayuda de Dios, de la Virgen y de las personas que hay a tu alrededor se puede seguir caminando.

UN DÍA EN EL SEMINARIO MENOR

No existe una jornada igual dentro del Seminario Menor. Cada día tiene su afán, pero es verdad que hay actividades que se suelen repetir. Cada jornada comienza en la capilla, donde los seminaristas, tras realizar el ofrecimiento del día, rezan los laudes, la oración matutina de alabanza de toda la Iglesia. Seguidamente, tras el desayuno y el arreglo de las habitaciones, van al Colegio Diocesano de San Ildefonso, donde cursan, junto con los demás alumnos, sus estudios de ESO y Bachillerato.



Terminadas las clases de la mañana, después de realizar la visita al Santísimo, tras la comida y el tiempo de descanso, da comienzo la tarde de estudio que se va alternando con mo-



UN DÍA EN EL SEMINARIO MENOR



mentos de deporte, formación espiritual y humana, además de la catequesis. La tarde llega a su fin con la celebración de la Santa Misa, centro de todo el día del seminarista. Finalizada la Eucaristía y la oración personal, llega el momento de la cena, de un rato de descanso y el rezo de las completas, oración con la que se ponen fin a toda la jornada.

Pero no todos los días son así, el fin de semana está repleto de actividades. El viernes por la tarde, después de un rato de estudio, participan de las actividades del grupo joven del Colegio Diocesano, y termina la Eucaristía y la cena,

llega el momento del video-fórum. La mañana del sábado se centra en el aseo de habitaciones, el estudio y el rezo del Santo Rosario, mientras que las tardes están dedicadas a la salida comunitaria. Todo el domingo está centrado en el Señor y en la familia.



CAMPAMENTO VOCACIONAL 2017

VÉLEZ-RUBIO
DEL 10 AL 14 DE JULIO



SIGUIENDO SUS PISADAS